



WORKSHOPS – D2.1 TITLE : CHARISMATIC RENEWAL: AN ECUMENICAL GRACE / LA RENOVACION CARISMATICA, UNA GRACIA ECUMENICA	SPEAKER : Fr. RANIERO CANTALAMESSA - ofmcap
LANGUAGE : SPANISH – Video (En / Sp)	COUNTRY : ITALY

Tendré la oportunidad de hablar de la dimensión ecuménica de la RC también Sábado por la tarde, en la vigilia di Pentecostés al Circo Massimo. Aquí quería compartir algo de mi experiencia personal y decir como la RC se ha convertido en una gracia ecuménica para mí. Esto no impedirá de hacer también, a la ocasión, algunas reflexiones teológicas sobre el tema de este seminario.

Yo hice mis estudios de Teología en Loreto desde 1954 a 1959. El esquema de las lecciones era casi siempre el mismo: tesis, adversarios, demostración (siempre triunfal, naturalmente, de la tesis católica). Los adversarios eran, en algunas ocasiones los ortodoxos y en la mayoría de los casos los protestantes, y considero que entre las otras confesiones las cosas no eran muy distintas, con nosotros los católicos en el papel de adversarios herejes.

Los estudios académicos para conseguir el doctorado en Teología, en Friburgo, a caballo entre el final de los años cincuenta y el comienzo de los años sesenta, no cambiaron sustancialmente dicha actitud. Eran ya los años del Concilio, pero los textos y los manuales que se estudiaban eran todavía los de antes. El Vaticano II constituyó ciertamente una ruptura inaugurando una nueva actitud en la Iglesia católica en la búsqueda de la unidad. De «adversarios» que eran, los otros cristianos pasaron a llamarse primeramente «hermanos separados» y después sencillamente «hermanos».

El Concilio creó las bases doctrinales para un cambio, pero, al menos para mí, éste no fue el factor determinante. Por el contrario, fue el conocimiento de la Renovación Carismática y el bautismo en el Espíritu en 1977. Esta experiencia no cambió mi actitud hacia los cristianos de otras Iglesias mediante razonamientos teológicos, sino espontáneamente, sin que yo me diera cuenta. La gracia de la unidad había venido junto con el don del Espíritu.

La ocasión de manifestar mi nueva actitud hacia los hermanos de otras Iglesias fue la conferencia internacional de los líderes de la Renovación carismática católica celebrada en Roma en 1984. Fui llamado para dar una clase sobre la Iglesia sacramento de unidad. En esta conferencia participaba, como invitado, un pionero del diálogo ecuménico entre los pentecostales, David du Plessis. Fue él quien, después de mi intervención, sugirió al Secretariado para la unidad de los cristianos del Vaticano (así se llamaba entonces) invitarme a formar parte de la delegación católica para el diálogo con la Iglesia pentecostal, del cual era él el promotor. Y así es como llegué a formar parte de la delegación católica, ¡gracias al interés de un hermano pentecostal!

Esta experiencia ha sido una auténtica bendición para mi vida. Sentándonos juntos, una semana al año, durante más de diez años, alrededor de la misma mesa, compartiendo la oración y la Palabra, se establecieron unas relaciones humanas no ya a distancia o a través de libros y documentos, sino en vivo. Allí he podido darme cuenta de lo distintos que eran los puntos de vista de los demás cristianos, escuchados de su boca, a como yo los conocía por los libros, y lo difícil que era salir



siempre vencedor en la confrontación. La distancia de las posiciones doctrinales y estructurales entre la Iglesia católica y las Iglesias pentecostales no impedía una auténtica amistad y una profunda fraternidad espiritual, que son las condiciones para el verdadero acercamiento entre los cristianos.

Sin embargo, mi apertura ecuménica no se ha limitado sólo a la Iglesia pentecostal. Una vez que el Señor me pidió dejar la enseñanza universitaria para dedicarme a tiempo completo al anuncio, he descubierto la fuerza del pensamiento de Lutero y algunas de sus obras están entre los libros que tengo siempre al alcance de la mano.

Voy a explicar cómo veo hoy el camino hacia la unidad de los cristianos y cuál es, a mi parecer, la contribución que los movimientos carismáticos pueden aportar a la misma. Una primera obligación me parece a mí que es la de librarnos de los restos de polémicas pasadas. Estoy cada vez más convencido de que sobre el diálogo ecuménico pesan algunas antiguas contraposiciones que han perdido gran parte de su razón de ser, pero que permanecen como estereotipos y palabras de orden.

Pongo un ejemplo: la contraposición entre fe y obras. Apenas se trata este problema, estalla entre católicos y protestantes la necesidad de reafirmar la propia posición, como si la cosa estuviera todavía en discusión. La Iglesia católica y la Federación mundial de la Iglesia luterana en 1999 llegaron a un acuerdo fundamental sobre la doctrina de la justificación por la fe, pero en muchos ambientes se habla como si todavía existiera ese gran foso entre la dos Iglesias.

Si lo miramos bien, nos damos cuenta de que estamos más cerca en la realidad que en las fórmulas. En realidad, hoy la oposición fe-obras es un falso problema que se mantiene en pie más que nada por la polémica histórica. Basta que por «obras buenas» no se entienda ya y principalmente, —como sucedía desgraciadamente en tiempo de Lutero— indulgencias, peregrinaciones y prácticas piadosas, sino el cumplimiento de los mandamientos, en particular el del amor. Jesús dice que en el juicio final algunos serán excluidos del reino de Dios por no haber vestido al desnudo y dado de comer al hambriento, todo ello cosas que el Nuevo Testamento llama «obras buenas». No se salva uno por las buenas obras, pero no se salva sin las buenas obras. Pero esto no lo creemos solamente nosotros los católicos, lo creen y lo predicán todos los cristianos.

Idéntica es la situación en otras contraposiciones tradicionales como la de Escritura y tradición. Si entendemos la tradición no como ese conjunto de cosas heterogéneas (muchas de las cuales de origen evidentemente humano), sino como «la Escritura leída en la Iglesia y por la Iglesia», nuevamente nos damos cuenta de que estamos mucho más cerca (aunque todavía no del todo unánimes) en la realidad que en las fórmulas. A veces he preguntado a hermanos protestantes con los cuales la amistad y la confianza recíprocas permitían hacerlo: «Vosotros creéis en la Trinidad y profesáis la divinidad del Espíritu Santo, ¿verdad? Y sin embargo, ni la una ni la otra se afirman en la Escritura sino en los concilios, esto es, en la tradición».

Cada Iglesia tiene su tradición, con frecuencia tanto más operante cuanto menos reconocida está. Si las mismas Iglesias surgidas de la Reforma son diversas entre sí, aun profesando todas el principio de la *Sola Scriptura*, es porque cada una ha desarrollado un modo propio de leer e interpretar la Escritura. Me ha gustado mucho escuchar a algún colega pentecostal, en el curso de



nuestro diálogo, esta afirmación: «La historia de la Iglesia es también nuestra historia, su patrimonio es también nuestro patrimonio». Esto significa, a mi parecer, redescubrir y reapropiarse de la tradición.

Quizás el diálogo ecuménico ganaría en claridad si concentrásemos los esfuerzos en valorar el fondo común de nuestras tradiciones, lo que en ellas es vinculante para todos y lo que a su vez es don y riqueza propia de cada una, y sobre todo cuáles son los caminos e los instrumentos para concretar todo esto. En esto pienso que todos tenemos un camino que recorrer: las Iglesias de la Reforma para recuperar elementos de la genuina tradición apostólica indebidamente aparcados; la Iglesia católica y ortodoxa para purificar su tradición de elementos humanos e históricos indebidamente considerados parte integrante de la genuina tradición apostólica.

Regreso a mi experiencia. A continuación de mi nueva apertura al Espíritu Santo y de mi conversión a la causa de la unidad, comenzaron a llegarme invitaciones de líderes de otras confesiones cristianas. He predicado un retiro a setenta pastores luteranos en Suecia (piensa un poco: ¡un católico que habla a los luteranos y, para colmo, sobre la carta de san Pablo a los Romanos!).

En 2009 se celebró en Estocolmo una gran manifestación denominada “Jesus manifestation”, “Una manifestación por Jesús”. En el último día, los creyentes de las distintas Iglesias, cada uno por una calle diferente, caminaban en procesión hacia el centro de la ciudad. También el pequeño grupo de católicos, con el obispo local a la cabeza, íbamos por nuestro camino rezando. Al llegar al centro, las filas se rompían y era una única multitud la que proclamaba el señorío de Cristo frente a una multitud de 18 mil jóvenes y de transeúntes atónitos. La que pretendía ser una manifestación “por” Jesús, se convirtió en una poderosa manifestación “de” Jesús. Su presencia se podía casi tocar con la mano en un país que no está acostumbrado a manifestaciones religiosas de este tipo. Tuve la alegría de ejercitar mi ministerio entre hermanos protestantes también en otros países escandinavos, Dinamarca, Noruega y Finlandia.

Para con los Anglicanos la experiencia más singular ocurrió en Noviembre 2015 cuando el Arzobispo de Canterbury Justin Welby me invitó a tener la homilía durante la Misa en Westminster para la inauguración del Consejo General de la Iglesia anglicana en la presencia de la reina Elisabeth. En su charla tenida en seguida al Consejo General la reina hizo notar ¡qué cambio tiene que haber pasado entre los cristianos para que un sacerdote católico sea invitado a dar la homilía en Westminster!

La predicación a hermanos de otras denominaciones cristianas —pentecostales, luteranos, anglicanos, metodistas, baptistas— ocupa ya cerca de un cuarto de mi actividad y la considero una de las bendiciones más grandes de mi vida. Frecuentemente —como hace un año sucedió en Birmingham, en Alabama, en Minneapolis y San Paul, en Minnesota— el evento es apoyado conjuntamente por el obispo católico y por el responsable de la comunidad protestante local.

Mis contactos con los hermanos de las diversas Iglesias nacidas de la Reforma se han inspirado siempre en el gran principio de Juan Pablo II: «Poner en común aquello que nos une, que es mucho más importante que aquello que todavía nos separa». Creo que en la doctrina de san Agustín sobre la Iglesia hay un punto que puede servir de ayuda al camino ecuménico. La distinción de los dos niveles de realización de la verdadera Iglesia —uno externo, de los signos, la



communio sacramentorum, y otro interno, de la gracia, la *societas sanctorum*— permite a san Agustín formular un principio de gran actualidad: «Pueden existir cosas en la Iglesia católica que no sean católicas, como pueden existir fuera de la Iglesia católica cosas que sean católicas».

Los dos aspectos de la Iglesia —el visible e institucional y el invisible y espiritual— no pueden, según Agustín, estar separados. Esto es verdad y lo ha reafirmado Pío XII en la encíclica *Mystici corporis* y el Vaticano II en la *Lumen Gentium*; pero hasta que ambos no coincidan (a causa de las vicisitudes históricas y del pecado de los hombres) no se puede dar más importancia a la comunión institucional que a la espiritual.

Esto me suscita una pregunta. ¿Puedo yo, como católico, sentirme más en comunión con la multitud de los que, aunque han sido bautizados en mi misma Iglesia católica se desinteresan completamente de Cristo y de la Iglesia, o se interesan sólo para hablar mal de ella, de lo que me siento en comunión con el grupo de los que, aun perteneciendo a otras confesiones cristianas, creen en las mismas verdades fundamentales en las que yo creo, aman a Jesucristo hasta dar la vida por él, difunden el Evangelio y poseen los mismos dones del Espíritu Santo que tenemos nosotros? Naturalmente, éstas son preguntas que deberían hacerse también los cristianos de otras Iglesias en relación a los católicos, y, gracias a Dios, es exactamente lo que está sucediendo en gran medida.

El camino a seguir hoy es, en cierto sentido, en dirección contraria al seguido por Agustín en sus polémicas con los donatistas. Entonces había que moverse desde la comunión de los sacramentos hacia la comunión en la gracia del Espíritu Santo y en la caridad; hoy debemos movernos de la comunión espiritual de la caridad hacia la plena comunión también en los sacramentos, entre los cuales el primero es la Eucaristía. Concretamente, sería necesario comenzar a hacer algunas cosas juntos, implicando ya en la fase decisoria a otras Iglesias, como ha hecho papa Francisco en ocasión de este Jubileo.

Desde muchos sectores se empieza a afirmar la necesidad de un ecumenismo espiritual que ayude y sostenga al doctrinal e institucional, si no se quiere terminar en áridas e interminables discusiones humanas. El ecumenismo espiritual consiste en rezar juntos, evangelizar juntos, y sobre todo en amarse y aceptarse como hermanos en Cristo.

La gran tentación que hay que evitar al afrontar el gran problema de la unidad es la de reducirlo a un problema humano que ha de resolverse con técnicas humanas, como son los problemas de unidad racial o política a los que deben enfrentarse muchos estados. No es tampoco un problema que se deba resolver a nivel de discusiones sobre problemas teológicos y morales que atañen a la verdadera Iglesia. Las discusiones teológicas son útiles y necesarias, pero si no son sostenidas con espíritu sobrenatural no producen ningún cambio en el interior de las diversas confesiones religiosas.

La unidad es un hecho místico antes de ser una realidad que se manifiesta social y visiblemente en el mundo. Esta hunde sus raíces en el reino del invisible, en Cristo Resucitado que tiene el poder de someter a sí todas las cosas y de destruir el muro de separaciones que ha sido levantado entre los cristianos, como en los comienzos destruyó el muro de separación que existía entre judíos y gentiles. Un hecho místico no puede ser comprendido y vivido si no es por obra del Espíritu Santo.



De hecho, la unidad en la Iglesia es el reflejo de la unidad perfecta que hay entre el Padre y el Hijo por obra del Espíritu Santo, como se afirma claramente en el capítulo 17 del Evangelio de san Juan.

Cuando se olvida este fundamento y en su puesto se pone al hombre y su pensamiento, se introduce el principio que engendra la enemistad allí donde antes reinaba el amor. El problema del ecumenismo camina vigorosamente hacia la solución cuando las diversas confesiones y la Iglesia retiran, por inspiración del Espíritu Santo, todo el material sin ningún valor espiritual que han acumulado en su seno y hace desviar o retrasar el camino de los fieles hacia la pura fe y el puro amor a Cristo y al Padre. Al igual que el fundamento, también el fin del ecumenismo es de orden místico. No se trata de llegar a formular de modo uniforme una doctrina de fe, ni de tener una misma disciplina eclesiástica y litúrgica. Se trata de que todos vivamos la misma comunión de vida con el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo.